

ESTA PASANDO SUS VACACIONES EN EL SUR DE GRAN CANARIA

Narciso Ibáñez Serrador vuelve a TVE con una serie de terror

«Es el género que más me gusta y lo que me han pedido», dice uno de los grandes realizadores y guionistas televisivos

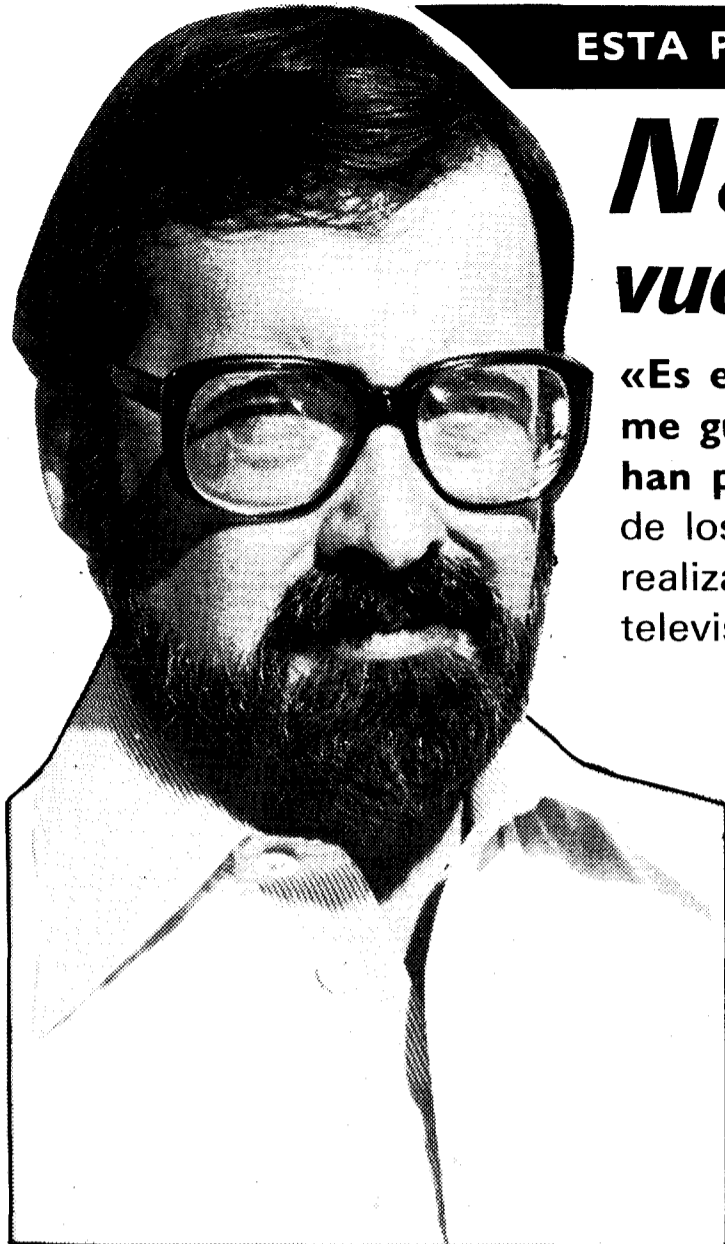
PROFESIONALIDAD Y HUMANIDAD

■ «Un profesional que crea, no debe estar en ninguna nómina y debe conservar siempre su independencia. Por eso yo no estoy en la nómina de TVE»

■ «La felicidad radica no en tener, sino en no necesitar»



Nuestro entrevistado, fotografiado junto a su familia en la piscina del hotel en que pasa sus vacaciones.



Por AMADO MORENO

Narciso Ibáñez Serrador, uno de los grandes realizadores y narradores de Televisión Española se encuentra en el Sur de Gran Canaria acompañado de su esposa Diana, venezolana, y sus hijos Pepita, de cuatro años, y Alejandro, de seis meses. Aunque su estancia en el Sur grancañario ha coincidido con las fechas de Semana Santa, tradicionalmente vacacionales, la presencia de Ibáñez Serrador no ha sido motivada por el descanso familiar sino por razones de salud. Los médicos aconsejaron un cambio de clima para su hija de cuatro años, que sufre diversas complicaciones derivadas de una alergia. «Padece además una bronquitis que se le ha hecho crónica desde hace un año y padece también las consecuencias de una medicación muy fuerte que se le ha dado a base de cortisona. Durante un año se le ha inyectado y suministrado dieciocho —no es un número al azar— antibióticos diferentes». Cuenta con evidente abatimiento el padre de la niña, Narciso Ibáñez Serrador, en el hermoso rincón (los jardines y palmerales del hotel Maspalomas Palm Beach) que ha escogido para la recuperación de su niña. «Si observásemos una mejoría al final de estos quince días, la dejaremos un mes o dos más, el tiempo que sea necesario para que se restablezca totalmente».

Pero esta preocupación y sensibilidad por el estado de su hija, no impide a Ibáñez Serrador aislarse en su hamaca al borde de la piscina para dar los últimos retoques a los guiones que ha preparado para reaparecer en TVE. Pendiente de la firma del correspondiente contrato, Ibáñez Serrador volverá al medio con una serie de terror «porque eso es lo que me han pedido y además el género que me gusta más», cuyo título genérico podría ser el mismo que tenía antiguamente: «Historias para no dormir».

Serrador nos contó este proyecto y se refirió también a otras interioridades de TVE: sus problemas, los relevos habidos últimamente, etc. En una conversación ágil, amena, enriquecida con la experiencia profesional y las dotes humanas del entrevistado, comenzamos por remontarnos a su estancia en Canarias en los años 50.

«Mis recuerdos de Canarias son muy gratos y muy decisivos. Te explico las dos vertientes de gratos y decisivos. Yo empecé a escribir a los diecisiete años. Tú me dirás: pero usted es realizador, director de cine. Yo te contestaré que no. En realidad soy un autor que dirige o un autor que realiza. Mi base son mis guiones, mis ideas, mucho más aún que luego el llevarlas a la práctica. Empecé muy joven a escribir obras de teatro que se prohibieron. Cosas de radio que se prohibían, una y otra vez. Y aquí en Canarias, concretamente en Las Palmas, tomé la decisión de embarcar para Buenos Aires. Yo trabajaba en la compañía de mi madre en aquellas épocas de Pepita Serrador. En la capital argentina comencé después la etapa más importante de mi vida».

—¿Qué te retenía hasta entonces en Las Palmas?

—Retenerme, nada. Ocurría que por aquel entonces las compañías de teatro se llamaban «compañías de repertorio». Esto quiere decir que se llevaba una serie de obras ensayadas, no como ahora que se estrena una, sino que representábamos hasta quince o dieciséis títulos. Entonces mi madre, que era una mujer muy bohemia, un ser humano muy espléndido y una gran actriz, vino con su compañía a Canarias en el año 57. Debutamos en el «Guimerá» de Tenerife. Allí el público nos acogió con un cariño inmenso. Después del «Guimerá» vinimos al «Pérez Galdós». Y aquí se repitió otro tanto. Y no era público, sino cosa de cariño familiar. La gente que estaba allí, más que público, eran amigos. Se fue creando un clima tan grato, (yo dirigía la compañía) que mi madre me dijo: «¿Y qué podemos hacer para quedarnos aquí en Canarias?». Yo le contesté que para quedarnos era difícil y que lo que habría que hacer era crear una especie de círculo itinerante de teatro por los pueblecitos del interior en Gran Canaria, en Tenerife y en La Palma. Según vamos poniendo las obras que tenemos, vamos ensayando otras. Y así estuvimos un año seguido. En Las Palmas, por ejemplo, trabajábamos en el «Pérez Galdós» y después íbamos a representar a un cine en el Puerto. Pero también fuimos a pueblos del interior, como Teror, por ejemplo. Mi madre hizo una labor por Canarias muy grande en aquella época. Tanto es así que hoy en día en La Laguna hay una calle que el ayuntamiento ha tenido la gentileza (para mí un gran honor) de rotular con el nombre de mi madre.

—¿Qué ambiente teatral se respiraba entonces?

—Un gran ambiente. Había una gran afición. Y además existía un notable movimiento teatral de vanguardia que fue el que me decidió, junto con un montón de estudiantes de La Laguna a estrenar, a escondidas de la censura, una especie de monólogo que se llamaba «Obsesión». Y por aquel entonces, —lo digo como anécdota— en aquel grupo de amigos había un muchacho abogado muy alto, muy desgarbado al que le gustaba mucho el teatro y que se llama Antonio Cubillo. Le recuerdo con la nostalgia de aquellos años. Recuerdo al amigo. En el plano político prefiero no opinar aunque sí sobre los recuerdos del ayer. Yo recuerdo un Cubillo joven de su época de estudiante, con el que mantuve una relación amistosa, al igual que con otros que compartimos entonces la misma inquietud teatral. Hoy, lógicamente hablamos de Cubillo y en vez de imaginarnos un muchacho alto y desgarbado, lo imaginamos con un micrófono y en Argelia. Son dos etapas diferentes. Hoy lo he perdido, no he vuelto a tener contacto con él, pero de todas maneras algún día me gustaría charlar otra vez con él, por encima de cualquier ideología política. A mí me parece que la auténtica democracia y la auténtica libertad está en poder sentarse con cualquiera y en poder conservar una amistad, aparte de lo que cada uno pensemos políticamente. Creo que es mucho

más importante el ser humano, como ser humano, lo que lleva dentro, que su pensamiento político.

—Después a Buenos Aires, desde Las Palmas.

—Entré enseguida en Televisión, con una serie de trabajos que tenía redactados ya desde aquí pero que no había podido divulgar. Estoy hablando de una España entonces terriblemente cerrada, angustiosamente cerrada. No creas que me estoy poniendo con esto unas etiquetas de señor progre; ni muchísimo menos. Estoy absolutamente en contra de cualquier tipo de censura que vaya en contra del pensamiento y de lo que es una creación. Y la España de aquel entonces, en ese plano, era absolutamente insoportable, castrante. Buena prueba era que no podíamos publicar lo que escribíamos. Luego hubo un movimiento que decía que no podían estrenar, debido a la censura, y ahora que se pueden hacer cosas, no hacen nada. Esa es otra historia como diría Kipling. En aquella España de entonces, cerrada y castrante, yo me ganaba la vida arreglando diálogos de doblaje. La película venía, y a veces, el argumento tenía que ser variado según el doblaje. Entre las anécdotas no digo que positiva ni negativa, sino jocosa o curiosa, está la adaptación de «Mogambo». Es una película en la que un matrimonio en África está protagonizada por un señor y su amante, con interpretación de Clark Gable y Ava Gardner, entre otros. Entonces yo tuve que encargarme de una adaptación para que en su proyección en España fuesen presentados como hermanos, y no como marido y mujer.

—Pero los tiempos han cambiado...

—Efectivamente. Los tiempos han cambiado a favor de una mayor creatividad pero sigo recordando a Canarias con una gran nostalgia. Hay una Canarias que se fue diluyendo, que se ha ido perdiendo con el turismo. Era una Canarias con más esencia canaria, con más amor al teatro, con una tremenda vanguardia artística de pintores, de escritores, de periodistas, de músicos. Era una Canarias más bohemia la de mis años mozos, y que quizás me gustaba más. Yo me sentí muy compenetrado con Canarias. Las islas repercutieron en mi forma de pensar, en mi forma de ser. La isla no aísla sino que crea una entidad mayor que un continente. Y eso se lo debo a Canarias. En aquella especie de gran colonia de amigos artistas había un clima de bohemia que Canarias ha perdido. También lo ha perdido el mundo entero, que hoy va mucho más a lo material. Recuerdo (ahora que estamos en Maspalomas) que me tocaron veinticinco mil pesetas en un premio de Lotería. En aquella época semejante cantidad era una fortuna. Y hubo un chico abogado que me propuso al enterarse: «oye ¿por qué no inviertes en la compra de unos terrenos en el Sur, cerca de las dunas?». Vinimos incluso de excursión, y aquí montamos en unos caballos para ver el terreno, próximo a unas dunas de arena, que se llamaba Maspalomas. Por la noche nos reunimos por aquí cerca a comer viejas y papas «arrugás» y entre todos decidimos entonces que nada de comprar arenales, sino gastarnos las veinti-

cinco mil pesetas. Y todo ese mes estuvimos disfrutando con aquel dinero. Hoy en día quizás de haber aceptado la propuesta inicial del abogado, tendría el dinero que jamás tendré, pero me queda la riqueza del recuerdo que posiblemente valga más que el terreno de Maspalomas. Yo fui muy feliz en aquella etapa de mi vida desarrollada en Canarias.

RESUCITAR «HISTORIAS PARA NO DORMIR»

—¿Qué preparas actualmente?

—Televisión Española ha entrado una vez más en contacto conmigo y aunque todavía no hemos firmado el contrato, quieren que se haga una serie de terror, a la manera de aquellas «Historias para no dormir». En definitiva éste no es otra cosa que un título genérico para una serie de terror, no significa que vaya a ser igual a la serie antigua. Lo interesante es que las historias de cada noche sean distintas a las antiguas, sean modernas, estén más al día. No está firmado todavía el contrato para la emisión de esta serie. Tengo en contra que me piden que se haga con cámaras electrónicas, lo cual le resta agilidad y gran cantidad de expresión a la imagen y sobre todo suspense. En las series de terror, la imagen es mucho más importante que el diálogo. Pero Televisión Española en estos momentos se ha propuesto —y creo que todos debemos arrimar el hombro— agilizar su producción. Televisión Española está muy enferma desde hace muchos años y cada día más se ha ido agravando, no por los hombres sino por sus estructuras y por su «hiperburocratización». Se ha ido estancando, se ha ido haciendo lenta y ha ido, no haciendo buenos o malos programas, sino algo peor: dejando de hacer programas, convirtiéndose casi en una repetidora de series extranjeras. Y eso no puede ser. Nuestra Televisión tiene que ser buena o mala, pero primero española. Y después poco a poco se procurará que sea mejor, haciéndola nosotros mismos. De esa manera tendrán fuente de trabajo autores, actores, técnicos, etc., que han ido quedándose marginados con la consiguiente agonía de Televisión. No hay más que ver la programación de los últimos meses. Programas dramáticos: de vez en cuando algún «Estudio 1» y alguna pieza de «Teatro Breve»; programas musicales: «Aplauso» y se acabó; concurso: no hay; cómicos: no hay. No hay producción, salvo algunos informativos muy bien hechos. Pero la Televisión, siempre he creído que es como una especie de «tablero» que se tiene que apoyar en tres «patitas»: informar (lo más a fondo y de la manera más fiel posible); formar (que es hacer cultura, lo cual no significa aburrir. Un programa cultural de ninguna manera puede ni debe ser aburrido); y entretener. Ese hombre que hoy vuelve a la casa lleno de problemas, de angustias, dificultades económicas, problemas políticos, tiene necesidad y derecho de entretenerse. El equipo que inaugura la presente etapa de Televisión no es nuevo, salvo su director Fernando Castedo, al que he conocido. Me ha llamado y he tenido el gusto de estar en su casa. Me parece un hombre